

Stéphane Courtois

LENIN  
EL INVENTOR  
DEL  
TOTALITARISMO

*Traducción del francés:*

Julia Escobar

# Índice

<i>Prólogo. Para explicar lo inexplicable: Lenin o el mal absoluto,</i> por Federico Jiménez Losantos .....	13
<i>Introducción: «El gran Lenin» .....</i>	21
1. UNA INFANCIA PRIVILEGIADA EN UNA RUSIA AGITADA .....	39
2. UNA ADOLESCENCIA DESTROZADA .....	61
3. CHERNYSHEVSKI Y LA MATRIZ DE LA REGENERACIÓN REVOLUCIONARIA .....	83
4. NECHÁIEV, HÉROE DE LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA .....	99
5. EL NACIMIENTO DEL IDEÓLOGO .....	113
6. DEL PARAÍSO SIBERIANO AL INFIERNO DEL REVISIONISMO .....	135
7. LA CRISIS FUNDACIONAL .....	159
8. EL NACIMIENTO DE LENIN .....	181
9. BOLCHEVIQUE .....	199
10. EL PARTIDO LENINISTA .....	217
11. AVISOS DE TEMPESTAD SOBRE RUSIA .....	237
12. LA REVOLUCIÓN INACABADA .....	253
13. «DERROTA EN TODOS LOS PUNTOS DEL FRENTE DE BATALLA» ...	273
14. EL GOLPE DE PRAGA .....	297

15. LA «DIVINA SORPRESA» .....	319
16. <i>BLITZKRIEG</i> POLÍTICO .....	341
17. EL ASALTO .....	363
18. LA DICTADURA DEL «PROLETARIADO» .....	377
19. EL ASESINATO PREMEDITADO DE LA DEMOCRACIA RUSA .....	397
20. GUERRA CIVIL, TERROR Y COMUNISMO DE GUERRA .....	423
21. ¡OH RABIA! ¡OH DESESPERACIÓN! .....	447
22. EL ETERNO RETORNO .....	473
<i>Agradecimientos</i> .....	483
<i>Notas</i> .....	485

Prólogo

PARA EXPLICAR LO INEXPLICABLE:  
LENIN O EL MAL ABSOLUTO

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

Esta biografía de Lenin, que es también la primera biografía no autorizada del totalitarismo, no puede resultar más actual, más necesaria y, al mismo tiempo, más triste, si observamos lo que sucede en todo el mundo y muy especialmente en España. El totalitarismo, que es la forma moderna y devastadora de una dictadura sobre todos los aspectos de la vida pública y privada, sobre cuerpos y mentes, sobre vocabulario y conductas, está más generalizado que nunca, pero no por una malsana democratización, ni por un populismo despótico generalizado; la metástasis global del cáncer totalitario, con una terrible velocidad de propagación a través de internet y las redes sociales, va más allá de la matonería tribal. En muchos aspectos, es inseparable de la supervivencia del leninismo y de la ocultación de su carácter totalitario.

Dicho de otro modo: el leninismo está en las cancelaciones y prohibiciones culturales por motivos políticos, en el asesinato civil y la denigración de ideas y personas por lo mismo, en los aparatosos movimientos cíclicos de opinión que unos medios de comunicación convertidos en jueces, abogados, fiscales y verdugos imponen sobre lo que se debe pensar sobre el clima (o serás terraplanista), sobre la mujer (o serás violador), sobre los animales (o serás torturador) sobre la historia (o serás fascista) o sobre cualquier cosa que divida a la sociedad y obligue a someterse a lo indiscutible, so pena de muerte civil (por negacionista). Puro Lenin.

En el prólogo, Stéphane Courtois plantea con nitidez las dos claves en que se basa la supervivencia moral de Lenin, que es también la

del comunismo: una, dejarlo al margen de Stalin, mero accidente en el *sendero luminoso* leninista; otra, el afán académico en no considerarlo como lo que es: no solo un totalitario sino el creador del primer totalitarismo, modelo de los que le siguieron.

### **Definiciones del totalitarismo**

Courtois recuerda, como editor y autor de *El libro negro del comunismo*, el texto de Nicolas Werth, luego desertor de su obra, sobre la paternidad de Lenin en el sistema desarrollado después por Stalin, que cabe resumir en cuatro puntos: 1. El monopolio de lo político por un partido único, dirigido por un jefe carismático, convertido en un Partido-Estado por absorción de las prerrogativas gubernamentales y administrativas del Estado en beneficio del partido; 2. El monopolio de una ideología que dirige el conjunto de las ideas en todos los ámbitos —filosofía, ciencias, historia, etc.— y los medios de su difusión a través de la prensa, la edición, la enseñanza, los medios de comunicación, etc.; monopolio asegurado por una censura generalizada; 3. El monopolio del Partido-Estado sobre todos los medios de producción y de distribución de bienes materiales, en razón de la supresión de la propiedad privada; y 4. El terror de masas utilizado como procedimiento de gobierno. Y esas cuatro características se pueden ejecutar con mayor o menor intensidad, según el momento.

Una definición aún más precisa es la de Emilio Gentile (2001), que sirve para el comunismo, el fascismo mussoliniano y el nazismo hitleriano: el fenómeno totalitario puede definirse como una forma nueva, inédita, de experiencia y poder político aplicada por un movimiento revolucionario que profesa una concepción integrista de la política, que lucha para conquistar el monopolio del poder y que, una vez conquistado por vías legales o ilegales, dirige o transforma el régimen preexistente y construye un Estado nuevo, fundado en el régimen del partido único y en un sistema policiaco y terrorista como instrumento de la revolución permanente contra los «enemigos interiores». El objetivo principal del movimiento totalitario es la conquista y la

transformación de la sociedad, a saber, la subordinación, integración y homogeneización de los gobernados, basándose en el principio de la primacía de la política sobre cualquier otro aspecto de la vida humana. Esta es interpretada según las categorías, mitos y valores de una ideología palingenésica, dogmatizada en forma de una religión política que pretende modelar al individuo y a las masas mediante una revolución antropológica para crear un nuevo tipo de ser humano dedicado exclusivamente a realizar los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido totalitario. Se trata de fundar, a largo plazo, una nueva civilización de carácter supra nacional y expansionista.

¿No sirve esta minuciosa definición de totalitarismo para el expansionismo chino y ruso de hoy o para el «socialismo del siglo XXI», convertido en narcotriángulo Caracas-FARC-La Habana? ¿Y no nos ayuda a pensar lo que amenaza hoy a España?

### **La ceguera de Occidente**

Jruschov, en su condena de Stalin en 1956 y para no deslegitimar el sistema que heredaba, salvó a Lenin de toda relación con Stalin, que fue su sucesor y continuador. Era un recurso astuto pero previsible. Lo malo fue que Occidente, tras su alianza con la URSS en la Segunda Guerra Mundial desde 1941 y olvidando la alianza de Stalin con Hitler desde 1939, que duró hasta que Hitler le atacó, asumió esa superchería. Tanto, que la definición académica de «totalitarismo» por Hannah Arendt deja fuera a Lenin, pese a la evidencia de que lo creó precisamente él.

Sin crueldad, pero con claridad, Courtois señala cómo incluso Annie Kriegel (a la que, junto a su esposa, dedica este libro) y eminentes intelectuales antiestalinistas franceses evitan el término «totalitarismo» en un gran libro colectivo sobre Lenin. Ante todo, había que evitar la equiparación de comunismo y nazismo. Ayer y hoy, el comunismo nunca puede ser lo peor: tiene que ser lo menos malo. Ese es su triunfo.

Esta biografía de Lenin, que se pretende humilde, sin descubrir más fuentes que las ya existentes —Volkogónov, Service, Conquest,

Pipes— es, sin embargo, una herramienta teórica fundamental para los que pretenden separar líderes y épocas del comunismo, y también para relativizar la mentira y el terror que lo definen, que «no puede ser tan malo como lo pintan». Y, por si acaso, no lo estudian. También ayuda a entender su resurrección a cargo de una inmensa legión de profesores y periodistas instalados en las universidades de élite y los medios de comunicación americanos; obesa, que no famélica legión simiescamente imitada en todo el mundo.

Y es que desde la creación por Lenin de la Komintern, recorrieron las aulas de Occidente (nunca las fábricas, cubiles del revisionismo socialdemócrata) ejércitos cazafantasmas promoviendo «movimientos» por la Paz, contra la energía atómica, el colonialismo, o lo que conviniera a Moscú. La técnica es idéntica un siglo después: unos intelectuales «progresistas», siempre los mismos y que no se dicen comunistas, aunque lo sean, denuncian injusticias atroces, a veces desde el neolítico, para alborotar hormonas estudiantiles y reclutar profesores. Y junto a periodistas de izquierdas imponen lo que hoy se llama «la agenda»: hablar de lo que ellos quieren y como quieren que se hable. En un mundo mucho más rico que hace cien años, el apocalipsis resulta más barato: se trata de liberar a la mujer, incluso donde está liberada; de combatir el racismo, hasta donde está prohibido el racismo, y de cambiar el clima siguiendo a una adolescente pirada que insulta al mundo en la ONU como una Juana de Arco arrojada a la subvención en vez de a la hoguera. Pero, insisto, es la misma fórmula que en los años 60 del siglo xx daba por muerta de hambre y sed a la Humanidad si la Tierra sobrepasaba los 1.000 millones de habitantes, la que imponía el «hijo único» en China o intentaba la esterilización masiva en las mujeres del Tercer Mundo. Son los que atacaban las antinucleares como ahora el carbón, los que condenaban los pantanos como ahora el diésel, las que quemaban sujetadores y hoy son *free-nipples*, los que reinventaban la Iglesia tras quemar los templos, para salvar nuestras almas incluso fusilando nuestros cuerpos. Porque, hoy como ayer, son los Amos de la Historia. Solo los hijos de Lenin saben el sentido en que debe avanzar, nunca retroceder, porque el progreso no debe detenerse. Ayer era ciencia y hoy humanidad; ayer mal nece-

sario y hoy bien irrechazable, pero la fórmula es la misma: yo miento, tú obedeces.

### **La sinécdoque, alma del leninismo**

Courtois, para purgar sus pecados comunistas de juventud, ha releído la infinita obra de Lenin —más notas que hojas, más artículos que libros— y ha encontrado la clave de su razonamiento: la sinécdoque, que es tomar la parte por el todo, y hacer que las cosas sean como queremos decir que son. Los primeros textos anónimos del joven Uliánov —como el famoso informe de Engels sobre la clase obrera británica manipulando los «Libros azules» del Ministerio de Industria, a partir del cual funda Marx su absurda tesis del empobrecimiento siempre creciente de la clase obrera— son arbitrarias extrapolaciones camufladas en un montón de estadísticas. Un remedo de ciencia que sirve para argumentar lo que uno se proponga: declarar obreros a los campesinos, medio ricos a los pobres y siervos a los proletarios libres. Mao hizo lo mismo en su primer informe sobre una lejana provincia rural. ¿Quién iba a discutir en Moscú el informe? Y Mao se convirtió en teórico marxista-leninista.

Tanto tiempo y tantos muertos después, vemos a Pablo Iglesias en televisión susurrando: «Yo no quiero ninguna dictadura; lo que quiero es que los niños no tengan que buscar comida en los cubos de basura de los hoteles de cinco estrellas». La mayoría de los hoteles no son de cinco estrellas, raros son los niños que rebuscan en los cubos de basura —mentira aireada por el *New York Times*— y ningún niño ha muerto de hambre en España desde hace muchas décadas, pero Iglesias, típico leninista, aplica la sinécdoque: presenta la parte como todo y la anécdota como categoría. Así presume de superioridad moral mientras defiende la hambruna mortal en su Venezuela, donde sí que hay miles de niños buscando comida en la basura.

«El comunismo es necesario —dirán Iglesias, Zizek, Badiou y los Tenores del Gulag— para que los niños nunca más tengan que buscar comida en la basura». Lo de menos son los niños, víctimas de las ham-

brunas provocadas por Lenin, Stalin o Mao, cuando las familias cambiaban a los niños para no devorar a sus propios hijos muertos. La clave totalitaria es el *nunca más*. El leninismo es, por definición, irreversible. Después de Lenin, el mundo se divide entre los que están dispuestos a rectificar y los empeñados en rectificar a todo el mundo.

El libro de Courtois avanza como una película clásica: al principio, todo es tranquilo, somnoliento, descriptivo y próspero en el hogar donde viene al mundo Vladímir Ilich Uliánov, brillante en clase, abusón en casa. Y luego se precipita por los acantilados del terrorismo ruso, inseparable del empeño del joven Vladímir en no trabajar nunca para ganarse la vida. El líder de la clase obrera vivirá de rentas familiares y sobresueldos del partido. Es abstemio y patológicamente casto, al modo de Netchaev, y Courtois recoge la opinión de Trotski, que lo conoció bien y lo declara indiferente al sexo. Acaso con Inessa Armand y cierta prostituta francesa a la que la Tcheka compró su silencio, jugaría a algo poco convencional. Pero el deseo que consume a Lenin es el de un poder ilimitado, totalitario. Fue muy miedoso y jamás pisó el frente, pero nadie animó tanto a matar.

Pero tras los engañosos remansos juveniles y el precipicio terrorista, después de las peleas con Plejánov o Mártoov y la lotería de la Primera Guerra Mundial, llega el Lenin bolchevique que, en mes y medio, pone en pie el sistema que durará casi un siglo en Rusia y más de un siglo en todo el mundo. Son las páginas más minuciosas de Courtois, que describen cómo la fría maldad de Lenin utilizó la fuerza y el engaño para destruir la democracia rusa. La que ya apuntaba tras la abdicación del zar y debía reforzarse decisivamente con las elecciones a la Asamblea Constituyente, que Lenin, pensando siempre en enmendar los fallos de Robespierre, boicotea y cierra a toda velocidad.

El proceso totalitario en Rusia comenzó ilegalizando ilegalmente a los kadetes, siguió con los mencheviques y anarquistas y terminó triturando a los social-revolucionarios, a los que divide, roba el programa y aniquila. Y todo muy rápido, para impedir la reacción. Cada vez que un representante del pueblo le molesta, Lenin anula su elección; si una asamblea le estorba, crea otra paralela en su lugar. Sí: lo mismo que Maduro en Venezuela. Lo asombroso del comunismo no es cómo se

diferencia según los países y las épocas, sino cómo se parece al de Lenin, *primus totalitarius antecessor*, al que todos imitan después, empezando por Mussolini y, sobre todo, Hitler.

### **El inexplicable triunfo de la mentira comunista**

En el último capítulo del libro, Courtois se pregunta: ¿cómo explicar la existencia del comunismo, que después de tanto dolor, de cien millones de víctimas, de tanta ruina económica y moral, haya gente, sobre todo en el ámbito académico y mediático, dispuesta a creer y defender esas patrañas? Solzhenytsin, subraya el biógrafo de Lenin, decía que lo peor del comunismo es la mentira, que lo impregna todo, corrompe a todos y destroza al que pretenda defender la verdad o decir su verdad. Le esperan la represión y el asesinato civil en los regímenes comunistas; la marginación profesional en los que no lo son, pero donde la izquierda, leninista siempre, se impone.

Uno tiende a pensar, como los centenares de intelectuales expulsados de Rusia por el tirano bolchevique, que hay una maldición metafísica en el comunismo que explicaría el triunfo de la mentira sobre la verdad y a la que parece imposible vencer, pero ante la que *de profundis*, como aquellos rusos, cabe luchar. Lo único eficaz contra el comunismo es la insistencia, la decisión de combatirlo siempre, aun a costa del aislamiento y la marginación social.

### **Última imagen de Courtois**

Recuerdo la última vez que vi a Courtois, en un encuentro auspiciado por el CEU sobre los crímenes del comunismo, al fin condenados por la Unión Europea. Era un día de lluvia oscura, más de Moscú que de Madrid, y en torno a una mesa, con Julia Escobar, Ymelda Navajo y Berenice Galaz, dijimos que había que traducir este libro extraordinario porque, si no, nadie lo haría. Courtois, Ymelda, Julia y yo compartimos estar vacunados de leninismo, y la Caballero de la Orden de las

Artes y las Letras de la República Francesa y gran escritora que es Julia Escobar se ofreció a traducir de inmediato la gran biografía del hombre más malo del mundo que, según una testigo de su periplo vital, o sea, criminal, «tenía los ojos de los lobos».

Ymelda aceptó, pero me pidió un prólogo, que aquí está, espero que sin desmerecer demasiado de la traducción y del original. Y tras el acuerdo, que Courtois aceptó con sonrisa incrédula, nos fuimos a la mesa redonda, que era, naturalmente, rectangular. Allí, ante un aula magna atestada —y era sábado—, Courtois terminó su intervención pidiendo disculpas por tener que irse al aeropuerto, camino de la Ucrania que evoca en el prólogo, o Bielorrusia, o Polonia, u otro país donde el comunismo no sea solo la ideología más criminal de la Historia sino el epitafio en una tumba familiar. Entre aplausos, Courtois se abrochó la pelliza, se echó al hombro el carterón, agitó a modo de adiós su gorro ruso y se perdió en la lluvia oscura del invierno. Era un sobrino de Turguéniev con más suerte en el amor. Era uno de los nuestros, de los que nunca aceptarán los «excesos» de Stalin sin recordar que fueron, como hoy las masacres de Maduro, hijos de Lenin.

Es un honor contribuir, en muy modesta medida, a difundir uno de los mejores libros que se han escrito nunca sobre el peor hombre de todos los tiempos.

## Introducción

### «EL GRAN LENIN»

A finales de septiembre de 1992, justo después de la implosión de la URSS, fui a Moscú por primera vez. Yo trabajaba como un forzado en los archivos de la Internacional comunista recién abiertos, pero los domingos libraba y con algunos amigos rusos me iba al inmenso mercado de Izamoilovo donde se desplegaban, a cielo abierto y en varias hectáreas, los oropeles del difunto régimen: banderas comunistas, insignias y bustos con la efigie de Lenin, gorros con orejeras (*shapkas*) del Ejército Rojo, uniformes de generales y todo un variado revoltijo de cosas. La temperatura era magnífica, aunque algo fría. Yo llevaba la vieja *shapka* que compré en París, una parka usada y una barba muy poblada. Por un momento me distancié de mis amigos, los busqué con la mirada y me puse la mano derecha a modo de visera para protegerme de aquel molesto sol de principios de otoño. De repente, como un diablo que saltara de una caja, un ruso corpulento se plantó delante de mí, también se puso la mano de visera y gritó: «¡Lenin! ¡Lenin!». Al principio, me quedé atónito, pero pronto me di cuenta de que, al ver mi pinta, me había tomado por un ruso corriente que repetía el gesto mil veces visto en cuadros, carteles y estatuas donde, con la cabeza desnuda o con el gorro de obrero en el cráneo y la mano derecha de visera, Lenin miraba en lontananza «el radiante porvenir» del comunismo. Un reflejo pavloviano, hizo que el antiguo militante maoísta que fui respondiera mecánicamente: «¡Lenin! ¡Lenin!», con lo que el rostro del desconocido se iluminó y prosiguió su camino. Obviamente, acababa de cruzarme con un nostálgico del comunismo, un puro que todavía creía en el «gran Lenin».

Apenas recuperado, frené en seco ante una estatuilla de Lenin de metal que compré por unos pocos dólares, no solo por una vieja costumbre de regatear, sino porque esa estatuilla representaba a un Lenin inquietante ante el que uno de mis amigos rusos comentó de inmediato: «¡Estás viendo la mirada de un loco!».

Y así, en pocos minutos de intervalo, dos rusos manifestaban una visión totalmente contradictoria de ese hombre que, cien años después del terremoto mundial del 7 de noviembre de 1917, dejó una profunda huella en la historia del siglo xx... e incluso del XXI, como lo demuestran la batalla en torno a su memoria y la resurgente recurrencia de su mito en Rusia y fuera de Rusia. Esta anécdota, en apariencia insignificante, es precisamente el tipo de mecanismo que provoca en el historiador una reacción en cadena casi incontrolable. Sobre todo, cuando veinte años después se ve reforzada por un acontecimiento de tipo contrario.

El jueves 21 de noviembre de 2013, tuve el honor de presentar en la Academia de Ciencias de Ucrania en Kiev la comunicación de apertura de un coloquio internacional dedicado a la «Memoria de las víctimas del *Holodomor*». En ucraniano, *Holodomor* significa «exterminio por hambre» y es el nombre emblemático que se da a la hambruna organizada en 1932-1933 por el poder estalinista contra el campesinado de la Ucrania oriental, que provocó la muerte de millones de campesinos, hombres, mujeres y niños. Stalin, totalmente decidido a acabar con cualquier veleidad de autonomía ucraniana, mandó exterminar de paso a gran parte de las élites nacionales de la República socialista de Ucrania, incluidos los comunistas. Luego, inauguró el memoricidio,<sup>1</sup> la prohibición absoluta de evocar la tragedia para impedir que las víctimas se reconocieran como tales y señalaran a sus verdugos, Un memoricidio mantenido por sus herederos hasta los años ochenta.

A última hora de la tarde, cuando ya me acercaba al Parlamento con un amigo ucraniano, este fue súbitamente interpelado por un diputado muy excitado que le anunció que el presidente en funciones, Víktor Yanukóvich, acababa de declarar que no firmaría el acuerdo de asociación entre Ucrania y la Unión Europea, previsto para el 29 de noviembre. Este giro, que dejaba entrever un acercamiento del

régimen a Rusia, suscitó una evidente conmoción y una fuerte tensión. Yo mismo las noté aquella misma noche en la ópera de Kiev donde daban el estreno mundial de una obra del compositor americano de origen ucraniano, Virko Baley, dedicada al *Holodomor* y titulada *Tierra roja. Hambruna*. Yo había solicitado decir unas palabras antes de la representación e insistí en el hecho de que «había llegado la hora de formar una memoria europea común del terrible siglo xx, una memoria que no solo tuviera en cuenta tal o cual tragedia, sino el conjunto de todas las tragedias». En el vestíbulo de la ópera, donde daban una pequeña recepción tras la representación, hubo encendidas discusiones sobre la decisión de Víktor Yanukóvich. A la salida, algunas decenas de jóvenes manifestantes enarbolaban pacíficamente banderas ucranianas y europeas.

Al día siguiente por la mañana se inauguraban en el edificio más grande de Kiev —el antiguo museo Lenin convertido en la casa de Ucrania— dos exposiciones simultáneas organizadas por la asociación Platform of European Memory and Conscience.<sup>2</sup> Una se titulaba «Ejecutados por el hambre: el genocidio desconocido de los ucranianos», y la otra, «El totalitarismo en Europa», ponía en paralelo a los dos grandes regímenes totalitarios de los años 1930 y 1940, el comunista y el nazi. Ahí también, ante los tres primeros presidentes de la República de Ucrania independiente, recordé la importancia de la noción de totalitarismo y el alcance del *Libro negro del comunismo*<sup>3</sup> que acaba de ser publicado en ucraniano.

Pero ya la reflexión histórica había sido arrasada por la oleada de indignación que sacudía a Kiev. Aquel día caían trombas de agua y todos estaban desolados, pues veían en esta señal del cielo un mal presagio que impediría cualquier manifestación de protesta. De camino al aeropuerto con ese mismo amigo ucraniano pasamos delante de la famosa estatua de Lenin que dominaba el centro de la ciudad, un gigantesco bloque de granito rosa. Desilusionado, le pregunté con algo de sorna si algún día desaparecería esa estatua del paisaje. No respondió. Estábamos entonces los dos a cien leguas de imaginar la increíble sucesión de acontecimientos que llevarían en pocos días a la revuelta masiva de Maidán<sup>4</sup> y, a partir del 8 de diciembre, a la caída y la destruc-

ción del busto del hombre que fue el inventor y el iniciador del primer régimen totalitario, uno de cuyos primeros actos fue declarar la guerra a la Ucrania independiente. No mucho después, mientras Vladimir Putin organizaba la ocupación de Crimea y la rebelión del Donbás, más de 1.200 estatuas del «gran Lenin», de las 5.500 que marcaban la huella soviética en suelo ucraniano —la más alta llegaba a 20 metros, ¡ocho pisos!— fueron derribadas y vencidas. La última, de cerca de 5 toneladas de chatarra, cayó el 24 de octubre de 2016 en Nówgorod-Siverski. La desleninización estaba, por fin, en marcha.

Una vez más, y como ocurre a menudo, el ruido y la furia de la historia obligaban al historiador contemporáneo a salir de las bibliotecas, de los archivos y de su despacho para mezclarse en el debate público e intentar iluminar a la opinión, en la medida de sus modestos medios. Yo, como antiguo militante de izquierdas de 1968 a 1972 y «revolucionario profesional», aunque muy incompetente en todos los terrenos, excepto en la agitación y propaganda, transmití naturalmente el mito del «gran Lenin», ese gigante de la historia, ese genio de la revolución glorificado por el periodista comunista americano John Reed en sus *Diez días que estremecieron al mundo*, publicado en 1919, libro de cabecera de todos los revolucionarios desde 1920 hasta hoy en día, pasando por mayo del 68.<sup>5</sup> Lenin, que hasta entonces había sido el personaje central de la mitología del Partido Comunista francés, se había convertido en el niño mimado de los izquierdistas. En todas las manifestaciones los trotskistas cantaban: «Somos los hijos de Lenin». Por su parte, los maoístas coreaban: «¡Marx! ¡Engels! ¡Lenin-Stalin-Mao!». El marxismo radical de Lenin, sus constantes llamamientos a la insurrección armada y a la guerra civil, su rechazo del patriotismo y su internacionalismo intransigente colmaban nuestra agresividad posadolescente. Y, sobre todo, nos permitían volcar nuestra ira contra los militantes del PCF, calificados de «revisionistas» por los maoístas y de «estalinistas» por los trotskistas. ¡Qué placer arrinconar en alguna asamblea estudiantil a un comunista asestándole tal o cual cita de Lenin, el profeta convertido en maestro intelectual, pero también en lugar de memoria central de los comunistas de cualquier obediencia, e incluso de muchos socialistas!<sup>6</sup>

Este mito del «gran Lenin» apareció muy pronto en Rusia, en 1920, cuando a raíz del quincuagésimo aniversario del jefe bolchevique se inició el culto a la personalidad que cobraría proporciones de idolatría mundial tras su muerte a los cincuenta y tres años. El 23 de enero de 1924, *L'Humanité*, el diario de Jean Jaurès, hábilmente recuperado por el jovencísimo PCF, destacaba en negritas LENIN HA MUERTO y le dedicaba su portada con el título de «El genio de la revolución». Apenas hubo desaparecido dicho «genio» cuando todos los comunistas se encargaron de sacralizar el mito. Lo menos que puede decirse es que hicieron las cosas a lo grande: embalsamaron el cuerpo, construyeron un mausoleo en la plaza Roja, frente al Kremlin, para que el pueblo pudiera adorar al ídolo; difundieron masivamente fotografías de Lenin, casi todas trucadas,<sup>7</sup> llamadas a sustituir el icono en la isba del mujik —«el hombre», el campesino de base— pronto transformado en koljosiano; se erigieron de manera creciente estatuas cada vez más gigantescas; se instalaron bajorrelieves en los nuevos edificios —hasta en la isla de Capri donde Lenin pasó veinte días—<sup>8</sup> se multiplicaron los bibelots, sin olvidar las biografías edificantes, los magníficos álbumes hagiográficos,<sup>9</sup> las películas pseudohistóricas como las de Mijaíl Romm —*Lenin en octubre*, luego *Lenin en 1918*—, enteramente remontadas bajo Jruschov para borrar la figura de Stalin,<sup>10</sup> las canciones, sin olvidar los premios Lenin y las órdenes de Lenin, concedidas profusamente por el régimen soviético. Cada ciudad o pueblo soviético tenía su calle Lenin, su avenida Lenin, su plaza Lenin, pronto extendidas a todos los países de Europa central y oriental forzados al comunismo tras 1945. San Petersburgo/Petrogrado fue rebautizada como Leningrado para simbolizar a un tiempo la caída de la autocracia de los Romanov, odiada por los bolcheviques, y el nacimiento de un régimen y de una sociedad comunista colocados bajo la autoridad del genial pensador. Moscú empezó a reunir hasta el menor borrador del gran hombre e inició la publicación de sus *Obras* —nunca «completas»— que en los años sesenta contarían con 55 volúmenes en ruso y 45 en francés; *Obras* publicadas conjuntamente por las ediciones del PCF y las ediciones de Moscú, ¡o sea, más de 20.000 páginas! Añadamos a eso los innumerables lugares de memoria piadosamente honra-

dos por los comunistas del mundo entero, allí donde Lenin hubiera estado: Londres, Zúrich, Ginebra, Capri e incluso Longjumeau, donde en 1911 organizó una escuela para militantes. Y, en particular, París, donde el apartamento en el que vivió de 1909 a 1912, en el número 4 de la calle Marie-Rose, distrito 14, fue adquirido por el PCF en la década de 1950; Nikita Jruschov, de visita en Francia, acudió ahí el 25 de marzo de 1960 con Maurice Thorez. El lugar fue transformado en el Museo Lenin —según la ley 2002-5 de 4 de enero de 2002— y pudo visitarse con cita previa hasta 2007, cuando fue revendido antes de que el condominio quitara la placa conmemorativa de la fachada. Sin olvidar las innumerables calles y plazas de los municipios comunistas franceses o italianos. Solo en los suburbios de París, Lenin puede jactarse de tener trece avenidas, siete calles, tres plazas, dos bulevares, una glorieta, un pasaje y... un callejón sin salida. Para equilibrar las cosas, mencionemos al cantante de rock alternativo brasileño Lenin, cuyo verdadero nombre es Osvaldo Macedo Pimentel. También a Michel Sardou que en 1983 creó su canción *Vladimir Ilich*, donde se atrevió a hacer un escandaloso paralelismo:

*Lenin, levántate, se han vuelto todos locos.*

*¡Tú que has viajado en un vagón plomado!  
Cuando ves al Santo Padre tu primo de Polonia  
bendecir a sus fieles en su auto blindado.*

*¿Adónde fueron los caminos de la esperanza?  
¿En qué noche, al fondo de qué bruma?  
Nada ha cambiado, los condenados de la tierra  
no han encontrado la salida del infierno.*

*Tú, que habías soñado con la igualdad de los hombres  
debes caer de lo alto en tu eternidad.*

Conviene recordar a Michel Sardou que en abril de 1917 fue Lenin quien subió a un coche blindado, y que si Juan Pablo II tuvo que

desplazarse en papamóvil fue porque un agente comunista intentó asesinarle en 1983... Sea como fuere, el «gran Lenin» fue adornado de todas las virtudes: hombre desinteresado, que vivía con una modestia casi ascética, abnegado hasta el punto de comprometer su salud por servir a la revolución, valiente físicamente, siempre dueño de sí mismo en los momentos más peligrosos; pero también un jefe humano, generoso, accesible a todos, un gran demócrata, severo pero justo; un estratega genial y un sabio, tanto en economía como en filosofía, y además un gran trabajador dotado de una voluntad de hierro que practicaba una disciplina «bolchevique»; por último, pero no lo último, un hombre sensible a la música y al encanto de la naturaleza, que adoraba entonar los cantos de combate rusos o franceses y que, con Nadezhda Krúpskaia, formaba la pareja revolucionaria modelo.

Que esta idolatría mantenida por los regímenes y los militantes comunistas de cualquier obediencia —soviéticos ortodoxos, trotskistas, maoístas, castristas, enverhoxaistas, kimil-il-sungistas, posadistas...— fuera poderosa mientras existía la URSS y el sistema comunista mundial estuviera en su apogeo, es algo concebible. Lo sorprendente es que haya persistido hasta hoy, un cuarto de siglo después del hundimiento de lo que François Furet llamó una «ilusión».<sup>11</sup> Ni en Rusia ni en Bielorrusia ni en las exrepúblicas soviéticas, se ha producido ninguna desleninización del espacio público. Los miles de estatuas y bajorrelieves siguen ahí e incluso sirven de puntos de encuentro de los partidarios de la Rusia de Putin, como ocurre en el este de Ucrania. Incluso en Francia se asiste a numerosas manifestaciones filoleninistas. En Montpellier, el antiguo dirigente maoísta convertido en presidente socialista de la región, Georges Frêche, decidió dedicar en 2010 una plaza a los Grandes Hombres del siglo xx y mandó levantar una imponente estatua de Lenin, junto a las de De Gaulle y Churchill, dos hombres que en los años 1918-1920, lucharon militarmente contra el régimen bolchevique. Perdida en medio de las islas del Loira, una de sus adoradoras ha abierto hace ya años, en Chalonnes-sur-Loire, una taberna a la mayor gloria de Lenin, el Lenin Café, sostenido por 5.000 miembros de su asociación, taberna a la que el periódico *Le Monde*, dirigido entonces por el extrotskista Edwy Plenel, dedicó una página entera.<sup>12</sup> Vladí-

mir Ilich, servidumbres del centenario de 1917, tiene incluso derecho a cómics, cuya visión saint-sulpicianiana de la revolución queda sumergida en un inverosímil romance sentimental con Nadezhda Krúpskaia.<sup>13</sup> Afortunadamente, los ingleses, con su tradicional sentido del humor, habían publicado otro titulado *Lenin for beginners*, más parecido a los héroes de los *Pieds Nickelés*, realmente hilarante.<sup>14</sup>

El sábado 23 de febrero de 2008, al pasar delante del Plaza Athénée, el famoso hotel parisino, vi aparcado un magnífico Bentley con un pequeño busto de Lenin de plata y una bufanda roja; sin duda, se trataba del coche de uno de esos millonarios rusos procedentes de las filas del KGB. No solo hay aficionados al arte entre los fanáticos de Lenin: el 8 de diciembre de 2013, se subastaba en Deauville un busto suyo de mármol valorado en la coqueta suma de 8.000 a 12.000 euros. El 30 de septiembre de 2014, la galería Drouot ofrecía una fotografía del famoso escultor César rodeado de estatuas de Lenin. El 10 de octubre de 2014, esa misma galería presentaba un lienzo enorme de un *Discurso de Lenin ante el pueblo* «escuela soviética del siglo xx», ponía el catálogo con afectada pericia, estimado entre 1.200 y 1.500 euros. El 15 de abril de 2015, un sobre que solo llevaba la firma de Lenin fue adjudicado por 11.000 euros, a los que había que añadir el 25 por ciento de gastos. Lo rojo es de oro. Decididamente, el fetichismo comunista no ha muerto y eso no parece asombrar a nadie.

Si Lenin mantiene una cotización tan buena —afectiva y financieramente— sin duda hay que ver en ello el efecto del desplazamiento del «gran Lenin» hacia el «Lenin bueno», por oposición al «malvado Stalin». Un desplazamiento fruto de una operación preparada con meticulosidad a principios de 1956 por el politburó soviético con ocasión del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), reunido ante los dirigentes comunistas procedentes del mundo entero. El 25 de febrero, el primer secretario, Nikita Jruschov, convocó una sesión a puerta cerrada con los delegados soviéticos en la que hizo explotar la bomba de su «informe secreto». <sup>15</sup> Se trataba, tres años después de la muerte de Stalin, de una notable maniobra política e ideológica destinada a asegurar el blanqueamiento —sí, puede uno expresarse así a propósito de los «rojos»— de toda la dirección que había

participado de lejos, y sobre todo de cerca, en el establecimiento del terror y que ahora quería parecer «responsable pero no culpable». El culpable, ese canalla, ese apestado, era el «malvado Stalin», vilipendiado y cubierto de insultos durante varias horas ante los delegados estupefactos. Sí, Stalin había sido un gran revolucionario hasta 1934, y Jruschov se guardaba muy bien de criticar los crímenes de la guerra civil, la creación del Gulag, ni el *Holodomor*; pero reprochaba al «Padrecito de los pueblos» que hubiera reprimido a unos cuantos buenos dirigentes comunistas y sobre todo que hubiera envejecido mal después de 1934.

El mensaje estaba claro: se había pasado página y la nueva dirección ya no amenazaría a los miembros de la *nomenklatura*, que podrían disfrutar con total tranquilidad del hecho de ser más iguales que los demás soviéticos. Pero el «informe secreto» aún iba más lejos. Enmascaraba una gigantesca operación de autoamnistía de los dirigentes y los cuadros estalinistas de los años 1920-1950 —tanto en la URSS como en Europa central y oriental— y de amnesia obligatoria sobre los millones de asesinados de un balazo en la cabeza, de muertos de hambre, de *zek* enviados al Gulag y de familias destruidas.

Para imponerlo, Jruschov había apostado todo en el desdoblamiento de las dos figuras emblemáticas que, hasta entonces y bajo la astuta batuta del *Vójd*, habían simbolizado el régimen y su continuidad. Dicho desdoblamiento permitía desembarazarse de un Stalin comprometedor, pero sobre todo relegitimar al régimen y al conjunto del movimiento comunista en torno a la única figura de su fundador, Lenin. En resumen, una vuelta a las fuentes del bolchevismo en toda su pureza. Durante treinta y cinco años la operación funcionó de maravilla, aunque algo alterada por Mao Zedong, que pronto clamó contra el revisionismo, y aunque, a la larga, produjera un profundo desconcierto dentro del ámbito comunista cuando el «informe secreto» se filtró al Oeste y fue publicado por el *New York Times* el 16 de marzo de 1956, y luego en junio por *Le Monde*. Para atenuar el impacto entre los militantes, el PCF inventó «el informe atribuido al camarada Jruschov», aunque su jefe, Maurice Thorez, lo conoció en tiempo real en Moscú durante el congreso. Pero, poco a poco, excepto en China y en el movimiento maoísta, la figura de Stalin se borró y la de Lenin reapareció

a plena luz. Hasta ese día de diciembre de 1991 cuando la URSS implosionó, arrastrando con ella al PCUS y al conjunto del sistema comunista mundial.

De repente, la figura del «Lenin bueno» empezó a deslucirse. Los archivos se abrían en Moscú, la revolución documental estaba en marcha;<sup>16</sup> en la antigua URSS y en Europa central y oriental la gente empezaba a abrir la boca, las víctimas del comunismo hablaban. Había que revisar de arriba abajo la historia del comunismo soviético. Hasta entonces, la vulgata quería que la revolución hubiera salido de la guerra de los capitalistas. La crisis diplomática inaugurada el 28 de junio de 1914 por el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y de su esposa había llevado, en pocas semanas y de forma casi súbita, al estallido de la Primera Guerra Mundial que, tras cuatro años de terribles combates y tremendas hecatombes humanas, había llevado a la victoria a las democracias francesa, británica, estadounidense y a sus aliados, pero también había originado el derrocamiento de cuatro imperios —Romanov, Habsburgo, Hohenzollern y otomano— y, sobre todo, el triunfo de los bolcheviques. De repente, Cenicienta se convertía en calabaza y la magnífica epopeya del primer poder comunista de la historia se veía reducida a la aparición de un fenómeno sin precedentes que abría la era de las tiranías del siglo xx: el totalitarismo.<sup>17</sup>

El 7 de noviembre de 1997 —centenario obliga— antes de que se publicara en toda Europa traducido a 26 lenguas, se publicó en Francia *El libro negro del comunismo*<sup>18</sup> que echó más leña al fuego. Su parte más reciente era el capítulo inicial, dedicado al periodo leninista del poder soviético en el que Nicolas Werth daba una gran cantidad de información inédita sobre el papel personal de Lenin en el inicio de la guerra civil, el terror, el sistema de campos de concentración, los asesinatos en masa de civiles indefensos y el uso del hambre como arma de destrucción masiva de sus opositores. La tribu comunista e izquierdista —incluido el primer ministro y extrotskista Lionel Jospin— que se había apuntado a la leyenda inventada por Jruschov, quedó horrorizada por el sacrilegio y puso el grito en el cielo.<sup>19</sup> Sin embargo, los archivos mostraban que Stalin solo había sido el aplicado alumno de su maestro.

Represión, terror utilizado como método de gobierno, juicios trucados, exterminio en masa de los opositores por criterios de clase, supresión de la propiedad privada, aplastamiento del campesinado y de la clase obrera recalcitrantes, establecimiento de un sistema de campos de concentración, expulsión de ciudadanos indeseables, censura generalizada, exportación de la revolución al extranjero, agresiones militares contra países independientes, esas son las características del poder estalinista de 1920 a 1953 inauguradas bajo Lenin y por Lenin. El que había sido hasta entonces «del Atlántico hasta los Urales» el glorioso emblema conmemorativo de los comunistas se transformaba de pronto en un símbolo inverso de opresión, crímenes y tragedias.

De repente se planteaba un delicado problema histórico. Si después de los escritos de George Orwell, Hannah Arendt, Raymond Aron y muchos otros autores, ya nadie —excepto algunos dinosaurios comunistas— ponía en duda la naturaleza totalitaria del régimen estalinista, ¿por qué esa revolución documental, provocada por la apertura de los archivos, no incitaba a considerar que Lenin era el verdadero inventor del inédito sistema político que prosperó en la URSS, aunque se pudiera pensar que Stalin lo había aplicado de forma sistemática y a gran escala?

«Totalitarismo». Durante décadas, hubo numerosos autores que por razones ideológicas y políticas se negaron a comparar comunismo, fascismo y nazismo y recusaron este término, descalificado enseguida como concepto de guerra fría inventado por los intelectuales americanos vinculados a la CIA. En realidad, el término «totalitario» ya había aparecido en 1923-1924 de la mano de Giovanni Amendola, un periodista demócrata italiano que caracterizaba así el sistema electoral inaugurado por Mussolini para asegurarse una mayoría absoluta en el Parlamento.<sup>20</sup> El adjetivo fue recuperado y reivindicado a partir de 1925 por el líder del fascismo, a quien el sociólogo y socialista francés Marcel Mauss, repitiendo una expresión de Kautsky calificaba entonces como «el mono de Lenin».<sup>21</sup>

Sin embargo, la aparición de una nueva terminología señalaba bastante bien el nacimiento de un fenómeno político-ideológico sin precedentes. Esto ya había ocurrido con «comunista» y «comunismo»

en 1797, bajo la pluma de Restif de la Bretonne,<sup>22</sup> después con «socialismo» en 1810, bajo la de Pierre Leroux, o con «bolchevismo», término inventado por Lenin en 1903, antes del de «genocidio», creado por Rafaël Lemkin en 1944<sup>23</sup> en el periodo de entreguerras, decenas de autores europeos y anglosajones reflexionaron sobre esto, y con mayor intensidad entre el otoño de 1939 y la primavera de 1941, cuando la alianza de Hitler y Stalin confirmó lo adecuado de la comparación entre los regímenes soviéticos y nazi, y dio, más allá de sus aparentes conflictos ideológicos, una consistencia histórica asombrosa —¡y explosiva!— al fenómeno.<sup>24</sup> Esa reflexión colectiva llegó a su apogeo durante un coloquio dedicado al «Estado totalitario», organizado en noviembre de 1939 en Filadelfia por la American Philosophical Society: la intervención más notable fue, sin duda, la del historiador americano, especialista en el nacionalismo francés, Carlton J. H. Hayes, sobre «La novedad del totalitarismo en la historia de la civilización occidental».<sup>25</sup>

El 22 de junio de 1941, el ataque alemán contra la URSS frenó bruscamente esta reflexión. Por evidentes razones políticas y militares impuestas por la Gran Alianza entre Churchill y Stalin —a quienes se uniría enseguida Roosevelt— contra la Alemania nazi, la comparación y por tanto la noción misma de totalitarismo ya no estaban de moda. Y la pasión por la revolución bolchevique, que François Furet llamó «el hechizo universal de Octubre», se vio poco después fuertemente realzada por el aura universal de Stalingrado. Las inmensas pérdidas del Ejército Rojo, que la propaganda soviética atribuyó al heroísmo de los soldados más que a la impericia de unos dirigentes incompetentes, así como la victoria sobre el nazismo, borraron en la memoria colectiva mundial el recuerdo de las víctimas del comunismo, de la guerra civil rusa, del plan quinquenal, de la colectivización forzosa y del Gran Terror de 1937-1938. Sobre todo porque dicho recuerdo ya había tenido muchas dificultades para atravesar el muro del silencio, de la mentira, de la desinformación y de la propaganda comunistas de entreguerras.<sup>26</sup> La expresión más famosa de dicho olvido fue la salida de Jean-Paul Sartre en 1965: «Todo anticomunista es un perro. No me muevo de ahí ni me moveré nunca».

Pero nada más acabarse la guerra, la reflexión se reanudó, primero a través de la literatura, gracias a las profundas novelas de Arthur Koestler —*El cero y el infinito*— y de George Orwell —*1984* y *Rebelión en la granja*— a las que siguieron, en la década de 1970, las del albanés Ismail Kadaré. Fue la filósofa judía alemana, Hannah Arendt, quien reanudó la reflexión universitaria en 1951 con su *magnum opus*, *Los orígenes del totalitarismo* cuyo primer tomo trata del colonialismo, el segundo del antisemitismo, mientras que el último está consagrado al sistema totalitario propiamente dicho.<sup>27</sup> Pero, curiosamente, en ningún momento ella situaba con precisión la aparición del fenómeno. A propósito de la URSS, evocaba una especie de golpe de Estado de Stalin en 1929, del que los archivos no han conservado rastro alguno, excepto que se considere que se trató de un golpe de Estado permanente desde que en 1922 Lenin nombró a Stalin Secretario General del partido. En cuanto a Lenin, apenas le cita y solo califica su poder entre 1917 y 1923 de «dictadura revolucionaria».<sup>28</sup> En Francia, hubo que esperar a 1972 para que Jacques Julliard —a la sazón historiador del movimiento obrero francés, cofundador del departamento de historia de la Universidad de Vincennes y muy comprometido en el PSU y la CFDT— emprendiera, tras arduos esfuerzos, la traducción del tercer volumen. Huelga decir que el poder político e ideológico del PCF y la alianza histórica —la Resistencia y la Liberación— después «objetiva» entre gaullistas y comunistas, así como la reactivación del mito revolucionario en 1968, prohibieron durante mucho tiempo cualquier enfoque sobre el totalitarismo. Como lo demuestra el excelente *Lenin* colectivo, publicado también en 1972, por autores tan competentes como Alain Besançon, François Fejtö, Roger Garaudy, Annie Kriegel, Kostas Papaïoannou... Alain Besançon resumía muy bien la dificultad:

Al final de su vida Lenin tomaba automáticamente todas las decisiones, no soportaba la crítica, gobernaba a través de los burós y la policía, encarcelaba y fusilaba a la oposición, imponía a la prensa una censura infinitamente más dura que la zarista. Pero su barrera ideológica era tan completa, su sistema de interpretación tan perfecto, que la idea de que él fuera un dictador nunca le vino a la cabeza e inclu-

so los historiadores más informados dudan en calificarle así en la medida en que dicha función supone tener un mínimo de conciencia de sí mismo.<sup>29</sup>

Sin embargo, ninguno de los autores de este *Lenin*, mencionó el «totalitarismo» y el propio Roger Garaudy, que en la década de 1960 supervisó la publicación en francés de las *Obras* de Lenin y acababa de ser expulsado del PCF, colaboró con un capítulo glorificando el «humanismo» de ese «genio». Aunque el liberal Raymond Aron y el marxista Claude Lefort abordaron con valentía la dimensión totalitaria del comunismo, la operación de Jruschov de desdoblamiento entre Lenin y Stalin reforzó aún más la idea dominante de que si hubo totalitarismo, solo podría haber sido bajo este último. Pero la ausencia de documentación interna del sistema soviético impedía ir más lejos.

Pero la caída del Muro, la implosión de la URSS, la apertura de los archivos, la multiplicidad de testimonios desbloqueó esta situación. La revolución documental permitió acceder a numerosas fuentes que mostraban el papel propulsor de Lenin en el establecimiento de todos los elementos constitutivos de un régimen totalitario; además, el cambio de clima intelectual favoreció la expresión de nuevos análisis históricos. Era el principio de un desplazamiento de la imagen del Lenin «grande» y «bueno» hacia el «verdadero» Lenin,<sup>30</sup> en particular en la cuestión del Terror, donde Nicolas Werth mostraba la responsabilidad original y muy activa del jefe de los bolcheviques. Cada vez era más claro que Stalin había demostrado ser un fiel heredero de su mentor, cuyas enseñanzas en materia de conquista del poder y sobre todo en el mantenimiento en el poder por la extensión de la dictadura supo recoger. Sin duda había sistematizado, generalizado y radicalizado las ideas y las prácticas leninistas, pero el modelo inicial se mostraba cada vez más influyente.

De repente, la figura del dictador revolucionario, lleno de buenas intenciones, pero obligado a someterse a las «circunstancias», empezó a desvanecerse detrás de aquella otra, más inquietante, del fundador inmisericorde. Se trataba de una revolución copernicana, iniciada desde hacía tiempo por algunos observadores o actores contemporáneos del

triunfo del bolchevismo —el periodista Claude Anet,<sup>31</sup> o el excomunista Boris Souvarine—<sup>32</sup> y algunos historiadores —Michel Heller—<sup>33</sup> cuya voz fue eficazmente reprimida hasta 1991 por la poderosa propaganda mundial de los comunistas hasta 1991.

En *El libro negro del comunismo*, Nicolas Werth planteaba implícitamente la pregunta fundamental: ¿no sería Lenin, fundador del primer régimen comunista de la historia, el modelo de Stalin y por tanto el inventor de lo que caracteriza a ese régimen, es decir, su carácter totalitario? De repente, la operación de Jruschov del desdoblamiento entre Lenin y Stalin quedaba anulada y ambos volvían a ser una pareja.

Esta dimensión totalitaria puede definirse con sencillez por cuatro rasgos: el monopolio de lo político por un partido único, dirigido por un jefe carismático, convertido en un Partido-Estado por asimilación de las prerrogativas gubernamentales y administrativas del Estado en beneficio del partido; el monopolio de una ideología que dirige el conjunto de las ideas en todos los ámbitos —filosofía, ciencias, historia, etc.— y su difusión a través de la prensa, la edición, la enseñanza, los medios de comunicación, etc.; monopolio garantizado por una censura generalizada; el monopolio del Partido-Estado sobre todos los medios de producción y de distribución de los bienes materiales, por la supresión de la propiedad privada; por último, el terror de masa utilizado como forma de gobierno. Entendiendo que esas características se podían ejecutar con mayor o menor intensidad, según los momentos.<sup>34</sup>

El historiador italiano Emilio Gentile propuso en 2001 una definición más precisa que abarca tanto al comunismo como al fascismo mussoliniano y al nazismo hitleriano:

[...] El fenómeno totalitario puede definirse como una forma nueva, inédita, de experiencia y poder político aplicada por un movimiento revolucionario que profesa una concepción integrista de la política, que lucha para conquistar el monopolio del poder y que, una vez conquistado por vías legales o ilegales, dirige o transforma el régimen preexistente y construye un Estado nuevo, fundado en el régimen del partido único y en un sistema policiaco y terrorista como instrumento de la revolución permanente contra los «enemigos interiores».

El objetivo principal del movimiento totalitario es la conquista y la transformación de la sociedad, a saber, la subordinación, integración y homogeneización de los gobernados, basándose en el principio de la primacía de la política sobre cualquier otro aspecto de la vida humana. Esta es interpretada según las categorías, mitos y valores de una ideología palingenésica, dogmatizada en forma de una religión política que pretende modelar al individuo y a las masas mediante una revolución antropológica para crear un nuevo tipo de ser humano dedicado exclusivamente a realizar los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido totalitario. Se trata de fundar, a largo plazo, una nueva civilización de carácter supra nacional y expansionista.<sup>35</sup>

Emilio Gentile subraya así la distinción fundamental entre regímenes totalitarios, forzosamente revolucionarios, y regímenes autoritarios, conservadores, aunque modernizadores. Una distinción bien subrayada por Guy Hermet en un importante libro, *Démocratie et autoritarisme*.<sup>36</sup>

Una vez planteados estos límites, he intentado establecer aquí cuáles fueron las circunstancias y los caminos por los que Vladímir Ilich Uliánov, conocido como Lenin, llegó a crear el primer régimen totalitario de la historia. También he querido demostrar la futilidad de dos ideas muy extendidas: por una parte, que el régimen que Stalin instauró de 1924 a 1953 y que perduró con mayor o menor intensidad hasta su implosión en 1991, tenía poco o nada que ver con el que instauró Lenin en noviembre de 1917 y, por otra, que Lenin aplicó, entre 1918 y 1921, el llamado «comunismo de guerra», que se caracterizó por medidas extremas en todos los ámbitos y dio su orientación definitiva al régimen, empujado por los acontecimientos resultantes de su asalto al poder. Para demostrarlo he utilizado, por supuesto, una extensa bibliografía de la que solo menciono en notas los libros que cito directamente. Esta obra es una biografía de Lenin, pero no espere el lector erudito encontrar revelaciones estrepitosas sobre la vida del jefe bolchevique. Me he basado para este aspecto en los trabajos y testimonios más clásicos, desde Nikolái Valentinov hasta Robert Service o Dmitri

Volkogónov. He seguido el mismo método para la historia general de la Rusia del siglo XIX y las revoluciones rusas de febrero y octubre, con los acreditados trabajos de Michel Heller, Richard Pipes u Orlando Figes y para el comunismo del siglo XX, me he apoyado en el reciente *magnum opus* de Thierry Wolton.<sup>37</sup> Obras a las que el lector puede recurrir fácilmente.

Este libro es sobre todo una biografía política inspirada, con toda modestia, en el método de Alexandr Solzhenitsyn que, en su gran obra, *La rueda roja*, trató de localizar los «nudos» que estructuran el relato histórico de esos momentos en los que la historia titubea y toma una dirección irremediable. Para descubrir cada uno de esos «nudos» que llevaron a Lenin a inventar el totalitarismo, preferí hacer una lectura cuidadosa de sus *Obras*, pues ciertamente dedicó casi treinta años de su vida a escribir, aunque siempre panfletos, artículos, folletos, libros y notas de uso personal. De ese terrible magma ideológico y de esa polémica logorrea hubo que extraer el pensamiento íntimo y político profundo que le llevó a apoderarse del poder y a instaurar un modelo de partido y de régimen que se extendería por todo el mundo. Y aunque el sistema comunista mundial se derrumbó entre 1989 y 1991, el ejemplo del poder leninista persiste en varios países donde los partidos comunistas siguen funcionando, y las huellas de su pensamiento siguen pesando en el debate público, incluso hoy en día. En estos tiempos, cuando un nuevo totalitarismo, inaugurado en 1979 por la revolución islamista del ayatolá Jomeini<sup>38</sup> —inspirada en el «manifiesto» de los Hermanos musulmanes de 1936— proclama su voluntad de imponer su ideología al conjunto del planeta, no parece inútil que se conozca mejor el modelo inicial.

El 1 de noviembre de 1917 en el *Mercure de France*, Guillaume Apollinaire escribía una breve nota titulada «Cómo llamar a la guerra actual».

Se empezó llamándola «la guerra de 1914», después, en 1915, «la guerra europea», luego, cuando se implicaron los norteamericanos se habló de «guerra mundial» o de «guerra universal», lo que es más acertado lingüísticamente. «La gran guerra» tiene también sus parti-

darios. «La guerra de las naciones» conseguiría algunos votos. «La guerra de las razas» podría defenderse. «La guerra de las Alianzas» valdría la pena examinarla, así como «la guerra de las Libertades» o «la guerra de los Pueblos». Pero «la guerra de los Frentes» expresaría tal vez mejor el carácter de esta gigantesca lucha.<sup>39</sup>

El poeta estaba a cien leguas de imaginar que ocho días después habría podido añadir a su lista a lo Prévert,<sup>40</sup> «la guerra civil» —en realidad una guerra de clases, la guerra social— primero rusa, muy pronto convertida en «guerra civil europea»,<sup>41</sup> antes de que Lenin la extendiera por el mundo entero con el eufemismo glorioso de «Gran revolución proletaria mundial» e inaugurara la era de los totalitarismos.